

beligerantes. En esa nota recomienda que todas las naciones que están en lucha formulen sus respectivas pretensiones. «Sin la reparación, la paz es imposible», dice Mr. Lloyd George, hablando en perfecta armonía con los aliados de Inglaterra. «Esperaremos hasta saber qué condiciones y garantías ofrece el gobierno alemán, garantías que habrán de ser más eficaces que las que con tanta ligereza violó. Entretanto confiaremos más en nuestro intácto ejército que en la fe violada.» Estas palabras robustecidas por las contestaciones no menos inflexibles de Petrogrado, Roma y París, demuestran sin lugar a duda que la Entente no abriga ni la más remota intención de celebrar un tratado de paz que dejando sin resolver las cuestiones principales que motivan la guerra, obligue a Europa a prepararse de nuevo para un futuro conflicto. Así dice el *Globe* de New York.

## Alemania en Bélgica

La más alta autoridad que conocemos entre los católicos de Costa Rica acaba de hacer en *La Información* del 1.º de Marzo la presentación del libro:

*Alemania en Bélgica, a la luz de las doctrinas de la Iglesia, Carta abierta del señor Emilio Brum, jefe del partido católico luxemburgués al señor Matias Erzberger Diputado en el Reichstag y Leader del Centro católico alemán. Documento recogido y cuya circulación ha sido prohibida en Alemania. Traducción, con prólogo y notas de Pedro Sangro y Ros de Olano, etc., etc., 2.ª Ed. Madrid, Tip. de la Rev. de Arch. Bibl. y Marcos 1916.*

Tomamos los siguientes trozos de la hermosa nota bibliográfica:

«Larga es la Portada del libro éste; pero el mismo, aunque pequeño, bien puede contarse entre los que se llaman ahora «pequeños grandes libros». Yo, en estas líneas, que también pueden ser «carta abierta»—«si parva licet componere magnis»—me dirijo, aunque pecador católico, sin teologías ni autoridad, a cierto señor Cura párroco de esta Diócesis, católico, naturalmente, y germanófilo, sin razón suficiente para ello.»

«En todas estas partes del Prólogo se exponen con limpia claridad las peregrinas opiniones de pensadores, teólogos y políticos alemanes, con su «super hombría nacional», su «catolicismo nacional» y hasta su «Dios nacional»... y en verdad que, bien miradas las cosas, flota sobre todas ellas una oscura evaporación que no puede ser otra que «demencia nacional...»

«Y es que los desvarios de Nietzsche se les han metido en el alma a los que el mismo loco llamó «mentecatos», repetidas veces, los cuales llaman a la Santa Iglesia católica «Casa de idolatría», mientras que idolatran al megalómano prusiano que tan a mal traer los ha traído...

Porque ya no puede dudarse de que las doctrinas y prácticas prúsicas—que no alemanas en general—han traído sobre el Imperio germánico el odio universal de las gentes, si no la piadosa y profunda lástima de todas las almas religiosas. Los luteranos y los católicos «alemanes», que no tienen que ver con nosotros los «romanos», son seres de tan salvajes sentimientos, que celebran el manifiesto crimen que hundió al trasatlántico «Lusitania», con miles de víctimas, y quieren destruir a Londres con todos sus millones de habitantes, y ahogar en sangre, si pueden, medio mundo, para espantar al otro medio. Los enormes desatinos de sus gobernantes, sus maestros y sus sabios justifican perfectamente cuanto se diga del trastorno mental de esas gentes dejadas de la mano de Dios.

Y si no véase, en este libro, cómo sus teólogos interpretan el «Sermón de la Montaña» y quieren enmendar la plana a Nuestro Señor Jesucristo, sobre si «pudo» o «no pudo» prever los acontecimientos actuales; cómo sus